

MÁS “OBSERVACIONES SOBRE LA NOVELA”: TRES RESEÑAS DE GALDÓS DEDICADAS A OBRAS DE PEREDA

Marie E. Barbieri

La “problemática” amistad entre Benito Pérez Galdós y José María de Pereda es bien conocida por los aficionados de la novela española de la pasada centuria; basta sólo recordar las palabras del escritor canario a raíz del ingreso del montañés en la Real Academia Española para confirmarlo:

Recuerdo que en los primeros tiempos de nuestro trato, veinticinco años ha, cuando hablábamos de cosas literarias o de las varias cuestiones políticas y sociales que con ellas se relacionan, tan pronto veíamos confundidas nuestras almas en fraternal concordia, como separadas por profundo y ancho surco que yo no veía manera de llenar. Nuestras sabrosas conversaciones terminaban a menudo con disputas, cuya viveza no traspasó jamás los límites de la cordialidad. No pocas veces, llevado yo de mi natural conciliador, cedía en mis opiniones. Pereda no cedía nunca. (190)

La relación amistosa que describe aquí Galdós incluía también el ámbito literario: don Benito declaraba opiniones sobre las narraciones del escritor montañés, tanto en privado, en forma epistolar, como en público, en escritos de índole variada. Quizá el más famoso de ellos sea el prólogo que escribió sobre *El sabor de la tierra* (*Ensayos* 163-72) en el que expresa su profunda admiración por la destreza literaria de su amigo, sobre todo en cuanto al uso del lenguaje popular. Menos conocidas son tres reseñas que publicó Galdós en la prensa española de la época, reproducidas aquí a continuación: una dedicada a la colección de cuadros de costumbres, titulada *Tipos y paisajes*; otra trata de la trilogía, *Bocetos al temple*; y en la última se aborda la novela, *Don Gonzalo González de la Gonzalera*.¹ Aunque varios críticos las han mencionado de paso (Pattison, Camp, Clarke, Cossío), sólo Shoemaker en su respetado estudio, *La crítica literaria de Galdós*, y José Manuel González Herrán en su monografía, *La obra de Pereda ante la crítica literaria de su tiempo*, las han examinado, y nunca se han recogido en su totalidad.

La escasa atención crítica a estas reseñas se explica, en parte, por la firma anónima en dos de los casos, pero no hay duda de que Galdós las escribió. Prueba de ello se halla en los epistolarios de Pereda y Galdós, como veremos en seguida. La primera reseña versa sobre los *Tipos y paisajes* y aparece sin firma en *El Debate* en 1872. Pereda, siempre consciente de la crítica periodística de sus obras, como ha señalado muy acertadamente González Herrán, le agradece a su amigo dicha reseña en una carta del 3 de febrero de 1872: “[Y]o he de darle un millón de gracias por el artículo que ha escrito recomendando al público mi libro, y que tuvo a bien incluirme en su grata del 28 pasado” (Ortega 39).² La segunda reseña, de *Bocetos al temple*, se publica en *El Imparcial* en 1877; ésta concluye con la firma de Galdós.³ Mas la tercera, sobre la novela satírica, *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, se publica, anónima también, en *El Océano* en

1879,⁴ lo cual enfureció al autor de la novela: en una carta a Galdós, Pereda lamenta la ausencia de nombre: “[D]ígole a V. que antes de recibirla había conocido yo su mano en el arte que tuvo a bien dedicar en *El Océano* a mi librejo. Sólo un amigo, y amigo como V., es capaz de decir cosas tan buenas de obra tan insignificante y de un autor tan de pacotilla. Todo me ha parecido de perlas y con exceso en el escrito, y una sola falta he notado en él: la de la firma” (Ortega 74). En una carta posterior de Galdós a Pereda, el novelista canario se refiere a un artículo suyo sin especificar dónde se publicó, pero es probable que se trate de la reseña en *El Océano* (Bravo-Villasante 30-31).

La primera reseña reproduce las ideas sobre la novela que iba expresando don Benito a lo largo de los años. Opina Shoemaker, por ejemplo, que la reseña sobre *Tipos y paisajes* “parece en sus primeros párrafos una continuación de sus conocidas ‘Observaciones sobre la novela’” (*La crítica literaria* 27), y es verdad: los juicios elaborados en dicha reseña son muy semejantes a las ideas principales del ensayo anterior, el cual, no hay que olvidarlo, también fue una reseña literaria. Es de sobra conocida la insistencia de algunos galdosistas en la importancia de las *Observaciones* en el desarrollo de las ideas novelísticas del escritor canario: Laureano Bonet, por ejemplo, en su valiosa edición de los ensayos de crítica literaria de Galdós, opina que la reseña “es imprescindible para conocer los cimientos estéticos e incluso políticos en que se apoyará la futura obra galdosiana: en él queda esbozada, con la precisión de un manifiesto literario, la defensa de una novela realista española que responda a las exigencias del momento histórico, que sea portavoz de las creencias y aspiraciones de la burguesía y, a la vez, reflejo de sus problemas más íntimos, más *domésticos*” (Bonet 14).⁵ En la reseña de *Tipos y paisajes*, Galdós profundiza en este “manifiesto literario,” detallando algunas de sus ideas sobre la novela moderna.

Igual que el caso de la reseña de los *Proverbios* de Ventura Ruiz Aguilera que conocemos como las *Observaciones*, Galdós se aprovecha de la oportunidad de publicar una reseña sobre una obra no novelística —aquí los *Tipos y paisajes*— para exponer su modelo de cómo debe ser la novela española moderna, reiterando conceptos ya explicados. Cuando declara que la novela es “el género más flexible, más expresivo, más dotado de las propiedades de la convicción, el más compatible con los varios gustos y aficiones de distintos lectores” (“*Tipos*” 1), nos adelanta don Benito las ideas de Baroja abogadas años más tarde en cuanto a las posibilidades que ofrece la narrativa.⁶ ¿En qué consiste, entonces, este género “flexible” para el novelista canario? Ante todo, la novela debe ser “expresión de la sociedad coetánea en sus diversos aspectos” (“*Tipos*” 1); no hace falta señalar la semejanza de esta frase con el título del famoso discurso de ingreso de Galdós en la Real Academia Española en 1897 (“La sociedad presente como materia novelable”). A pesar de la evolución de la producción novelística galdosiana, la sociedad contemporánea como base de la novela es uno de los preceptos presentes en sus escritos teóricos a lo largo de los años. Y Galdós especifica aun más su concepción de la novela: “La novela ha de ser *real, española, y contemporánea*” (“*Tipos*” 1). Aquí tenemos tres cualidades fundamentales de sobra conocidas por todo galdosista: en primer lugar, la novela debe ser verosímil; esta idea nos recuerda la famosa frase del discurso antes mencionado: “Imagen de la vida es la Novela” (*Ensayos* 175). Aunque Galdós reconoce que hay una diferencia entre la verdad y su representación artística (“[D]ebe existir perfecto fiel de balanza entre la exactitud y la belleza de la reproducción” [*Ensayos* 176]), los cimientos de la novela ejemplar galdosiana se hallan en la realidad. Don Benito continúa su descripción de la novela ideal, elogiando a Pereda por su uso de elementos españoles.

Ya que Galdós va proponiendo un modelo para la novela española moderna, es lógico que una de sus bases sea su carácter español, ya que esto llevaría también a su verosimilitud. Con la recomendación de que la novela sea “contemporánea,” Galdós repite de otro modo su deseo de que la novela se apoye en la realidad.

Las restantes palabras de la reseña galdosiana sobre los *Tipos y paisajes*, junto a las otras dos reseñas aquí reproducidas, sirven una función doble: celebran o critican al escritor montañés varios aspectos específicos de los escritos reseñados, a la vez que comentan de manera más sutil que antes cómo debe ser la novela española contemporánea. Hay que recordar que estas reseñas se sitúan dentro del contexto de varias décadas de escritos galdosianos en torno a la obra perediana — el prólogo de la novela, *El sabor de la tierruca* (1882), y “José María de Pereda, escritor” (discurso pronunciado por don Benito en la ocasión del ingreso de su amigo en la Real Academia Española en 1897), entre los más sobresalientes. Dada su amistad con el escritor montañés — y la personalidad sobradamente sensible de éste— don Benito intenta destacar las cualidades más positivas de los escritos de su amigo. Sin embargo, es obvio que las preferencias literarias de Galdós —y no hablemos de las políticas— distan mucho de las de Pereda; quizá sea la confluencia de los sentimientos personales de Galdós hacia Pereda y sus diferencias ideológicas lo que causa ciertas contradicciones presentes en las reseñas aquí discutidas. Tomemos el ejemplo del uso de la sátira política en la novela: en su reseña de *Bocetos al temple* Galdós reprocha la marcada parcialidad de Pereda en la tercera novelita de la serie, *Los hombres de pro*. Mas cuando publica su reseña de la novela, *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, declara lo siguiente: “Aquí viene bien apuntar la idea de que la sátira política es un género que está perfectamente dentro de la literatura contemporánea, aun cuando en ella no aparezca esa decantada imparcialidad que algunos echan de menos en obras de esta índole” (4). Esta aparente contradicción nos señala uno de los problemas inherentes al estudio de estos escritos para tratar de comprender las ideas teóricas de su autor: ¿cómo se sabe si representan las opiniones “verdaderas” de Galdós o si no son nada más que una serie de flores para que no se enfade su amigo? Aquí entramos en el terreno resbaladizo de la intención de un escritor. Pese a la complejidad del tema, estos escritos me parecen una fuente útil para conocer las ideas de Galdós, en parte porque reafirman conceptos expresados en otros sitios.

Existen varios aspectos de la obra perediana que aplaude Galdós constantemente, tanto en estas reseñas como en los otros escritos que le dedica a la producción literaria de su amigo. De acuerdo con la meta que tiene para la novela española contemporánea, don Benito apunta una y otra vez las dotes de Pereda de poder observar la realidad que le rodea y luego recrear su entorno santanderino de manera artística. Esta habilidad de Pereda, admirada por Galdós, se halla en sus retratos de los caracteres de su región; opina Galdós, por ejemplo, que los personajes de Pereda son “palpitantes de vida” (“Sobre los *Bocetos*” 2) y “representaciones tan admirables de la persona humana, que se confunden con el modelo mismo” (“*Tipos*” 1).

En las tres reseñas Galdós contempla la extraordinaria facultad de Pereda en cuanto al estilo; dice, por ejemplo, que don José María es “uno de los mejores prosistas contemporáneos” (“*Don Gonzalo*” 4). En otros escritos dedicados a Pereda, Galdós elogia asimismo el uso del lenguaje; en el prólogo de *El sabor de la tierruca* Galdós apunta su recreación del lenguaje montañés: “Si no poseyera otros méritos, bastaría a poner su nombre en primera línea la gran reforma que ha hecho, introduciendo el lenguaje popular en el lenguaje literario, fundiéndoles

con artes y conciliando formas que nuestros retóricos más eminentes consideraban incompatibles. Empresa es ésta que ninguno acometió con tantos bríos como él, y en realizarla todos se quedan tamañitos a su lado" (*Ensayos* 166).

Los escritos de Galdós dedicados a las obras de su amigo santanderino son un ejemplo entre muchos de las estrechas relaciones personales y literarias de estos dos maestros de la novela española del siglo XIX. Es necesario, a mi juicio, tener estos documentos en cuenta al estudiar la novela de Pereda, porque ofrecen una clave a ciertas opiniones contemporáneas sobre obras específicas. Al mismo tiempo, estas reseñas confirman ideas expresadas por Galdós en escritos mejor conocidos sobre el género que cultivó tan admirablemente; son otras "observaciones sobre la novela."⁷

*

*

*

1) *Tipos y paisajes*, segunda serie de *Escenas montañosas*, por D. José M. de Pereda.

Pocos escritores contemporáneos han comprendido tan bien como el Sr. Pereda cuáles son las condiciones que debe reunir la novela de nuestros días, para ser lo que la crítica filosófica quiere que sea, y para cumplir la misión que la época quiere que cumpla.

Expresión de la sociedad coetánea en sus diversos aspectos, la novela desempeña uno de los más importantes cometidos que corresponden a la forma literaria; es el género más flexible, más expresivo, más dotado de las propiedades de la convicción, el más compatible con los varios gustos y aficiones de distintos lectores. Cultivada con acierto es obra meritoria a más de una empresa honrosa; y ya sea la novela enteramente local, ya aspire a la pintura de la sociedad en su conjunto, su efecto siempre es decisivo, así como es grande su papel en la literatura de nuestros días.

El Sr. Pereda ha sido de los primeros que han echado las bases de la novela contemporánea, creándola, o mejor dicho, resucitándola por medio de elementos puramente españoles, desarrollados en el estudio de la realidad. A nuestro juicio, la novela exige entre nosotros hoy tres cualidades cardinales, para que crezca y se levante sobre las ruinas de una literatura abigarrada y enfermiza que ha tenido aquí efímera existencia, durante un período relativamente corto. La novela ha de ser *real, española y contemporánea*, aunque esto último no puede sostenerse sin cierto exclusivismo. El Sr. Pereda ha tenido presente en sus *Escenas montañosas*, así como en sus *Tipos y paisajes*, estas tres circunstancias, sin las cuales creemos difícil que el ingenio más privilegiado pusiera los cimientos de un género literario, casi completamente muerto entre nosotros, a pesar de tener en este país tantos elementos de vida.

Las dos obras que hemos mencionado han recibido el aplauso público, y son bastante conocidas, más la primera que la segunda, aunque ésta, según nuestro modo de ver, aventaja a aquélla. Están formados ambos libros con pequeñas historias y cuadros de costumbres, observadas unas y otras en el hermoso país donde nació y vive su autor, la provincia de Santander. Estos cuadros, donde se pintan con verdadera maestría y vivo colorido los caracteres de la buena gente que habita en aquella región, se leen con el encanto que producen siempre las buenas obras de

arte. El Sr. Pereda tiene seguridad de observación, destreza de pincel, recto sentido y una gracia incomparable. Sus pinturas son sencillas y elocuentes como las de la antigua novela española. En sus deducciones hay una bondad y una honradez que suceden a veces más que las galas de la fantasía; y en los diálogos, así como en las narraciones, se respira la tranquilidad propia de los hijos de las montañas, y en el ambiente fresco y puro de un país en extremo apacible por todos conceptos, no turbado en lo moral por corrupciones de ningún género.

Al mismo tiempo las obras del Sr. Pereda son satíricas, suaves y templadas, como deben ser las verdaderas sátiras literarias de algunas costumbres de sus paisanos. En *Blasones y talegas* pinta la vanidad de los solariegos, que ni aun impulsados por la miseria, quieren transigir con el espíritu de nuestros tiempos en lo que tienen de recto y útil, y se empeñan en sostener una categoría de que el mundo se burla, cuando va unida a considerables bienes de fortuna adquiridos por el trabajo. Don Robustiano Tres Solares y de la Calzada, con su orgullo aristocrático, su terquedad ridícula y el ficticio respeto y veneración de que quiere rodear su casa y su persona, es un tipo acabado, con verdadera creación literaria, llena de verdad y de interés. La sociedad contemporánea nos ofrece en sus diversos aspectos uno que parece haber servido al Sr. Pereda de modelo para un admirable retrato. En provincias existe aún ese resto de nuestra grandeza histórica, que atribuyendo a los títulos nobiliarios un prestigio que han perdido por completo, sirven de diversión y burla a las gentes positivistas y democráticas de nuestros tiempos, incomparablemente mejores que los antiguos, aunque sólo fuera por la ventaja de no crear superioridades ficticias, no fundadas en el mérito ni en el trabajo.

En *Dos sistemas*, pone de manifiesto el Sr. Pereda el distinto camino seguido por la actividad de sus compatriotas para mejorar de fortuna. Aquí nos encontramos perplejos, sin saber a cuál dar la primacía, porque si el sistema antiguo era malo, por lo perezoso y lo tímido, el moderno nos parece peor por lo precipitado y lo insensato. Grandes consideraciones puede sugerir este cuadro, uno de los más hábilmente trazados por nuestro escritor. Si el comerciante antiguo era incapaz para desarrollar las fuentes de riqueza del país, por su ignorancia y su falta de iniciativa en modas, ha producido muchas ruinas y desastres, por su espíritu demasiado emprendedor. Si el de antaño era torpe, tenía la ventaja de la buena fe. Si el moderno ha traído unas novedades útiles y de indudable provecho, en cambio ha despilfarrado ahorros seculares, desequilibrando las fortunas y alterando la tranquila y honrada pobreza de algunas localidades.

En el cuadro que se titula *El buen paño en el arca se vende*, pinta también con exactitud incomparable un tipo que no creemos sea exclusivo de la capital de la montaña, el de doña Calixta Vendabal y Chumacera, mujer entrometida y bullanguera que en exhibir sus hijas emplea las dos terceras partes de su tiempo y en aparentar lo que no tiene la totalidad de sus exiguas rentas, si totalidad puede haber en lo que casi no existe. La presencia de aquella familia en todas las diversiones gratis, en todos los paseos y las soirées celebradas en su casa, con asistencia de los novios y pretendientes de las niñas, son rasgos característicos que todos los lectores de los *Tipos y paisajes* reconocerán en algunos célebres habitantes de cada población. Doña Calixta y sus niñas no son tipos exclusivamente montañeses: son españoles en alto grado, y tan comunes, que creemos no habrá localidad donde no existan, sirviendo de entretenimiento a cuantos los conocen.

La romería del Carmen presenta un excelente retrato del español de la clase media, hombre de pocas letras, rutinario, de cabal rectitud, pero inútil para todo, testarudo en cuanto se trata

de innovar, egoísta hasta lo sumo, idólatra de todas las cosas estacionarias y petrificadas; de éstos que no toleran se derribe la muralla en que jugaron de niños, de éstos que quieren que el mundo marche al compás de su andar meticuloso y psicorto. D. Anacleto Remanso es un señor tan cómico en sus palabras y en sus hechos, que nos hace tomar a risa preocupaciones que presentadas de otra manera nos causarían indignación. Se le pueden perdonar sus absurdas manías, sólo por el gusto de verle ir a la romería y por escuchar el sinnúmero de graciosas simplezas que dice durante el viaje, poniendo remate a su estulticia característica con los deslices de la fiesta y los despropósitos de la vuelta.

Un tipo más nos ofrece en D. Hermenegildo Trapisonda el modelo acabado de los campesinos intrigantes y astutos, que nos hacen a veces abominable la sociedad campestre, tan injustamente encomiada por los fabricantes de idilios. Existe en las montañas, quizás más que en otras comarcas de España, la plaga de los pleiteantes, que traen al retortero pueblos y villas enteras, sólo por poseer una endiablada ciencia del derecho que han adquirido no se sabe cómo. Estos tipos son los que asaltan las sillas municipales, los que devoran los bienes del común, los que arruinan a miles de familias, los que remedan en la pequeña escena de las aldeas el totum revolutum de la política cortesana, parodiando al mismo tiempo por su intriga, su desparpajo y su solapada osadía, a algunos de nuestros politicastos en el Madrid moderno.

Las brujas, Al amor de los tizones, Ir por lana . . . son pinturas algo más locales que las precedentes, y con un sabor español y especialmente cantábrico, que seduce desde que se comienza su lectura. Considerando esta circunstancia, y por lo mismo que reconocemos en el Sr. Pereda cualidades rarísimas para observar y narrar, desearíamos que ensanchara la esfera de sus obras, dándolas una intención y un escenario más general, más comprensivo de la sociedad en sus múltiples aspectos y consideraciones.

En la *Revista de España* publicó el Sr. Pereda una pequeña novela titulada *La mujer del César*, en la cual abrió más ancho horizonte a su observación. Es sensible que no siguiera publicando los *Bocetos al temple*, iniciados con la producción citada, y le alentamos, si de algo vale nuestro consejo, para que no retroceda en el camino emprendido, que es el que debe recorrer con gloria suya y de las letras patrias.

Quien sabe hacer los cuadros particulares de que hemos hablado, podrá, con ligero esfuerzo, reunir y armonizar aquellos elementos dispersos, darles unidad, método y pensamiento para formar la novela española contemporánea, que tanta falta hace. Es cuestión de intentarlo simplemente, toda vez que la aptitud para tal empresa está suficientemente probada en las *Escenas montañosas* y en los *Tipos y paisajes*.

Estas dos obras han despertado y dirigido la curiosidad pública hacia la risueña parte de España, donde tienen lugar las escenas allí descritas. La Montaña es, a no dudarlo, una de las más interesantes de la comarca de la Península y de las que, por todos conceptos, merecen principalmente la visita de los viajeros.

Sus hermosos valles, sus pintorescas y templadas costas, sus saludables aguas, sus abundantes y ricos alimentos, sus pescados y mariscos, sin igual en España, la sensatez y rectitud de sus habitantes, el carácter hospitalario de su capital,— todo hace en extremo agradable el viaje a aquel país, que por varias razones debe llamarse privilegiado. Para que nada le falte, también cuenta, entre sus hijos muchos que cultivan las letras y las ciencias con entusiasmo y éxito; y ya que del talento de literatos montañoses y de las bellezas de la Montaña hablamos, recordaremos

aquí otra obra, que prueba ambas cosas, y es el libro de viajes *Costas y montañas*, de que próximamente nos ocuparemos.

El Debate, 26-i-1872

*

*

*

2) "Sobre los *Bocetos al temple* de D. José de Pereda"

No es tan común la aparición de un buen libro, hechura exclusiva de la imaginación y la observación, para que deje de causar regocijo a los amantes de la buena prosa castellana y de los escritos de entretenimiento. El que motiva estas líneas, debido a la pluma del escritor montañés D. José M. de Pereda, es tan sobresaliente en su género, que merece la atención del público más que otros muchos que diariamente la solicitan, tanto más, cuanto que esta obra no es inferior a las tan celebradas del mismo autor, *Escenas montañesas* y *Tipos y paisajes*, que le pusieron en primera línea entre los escritores españoles contemporáneos. Desde que estos dos libros fueron conocidos, bien puede decirse que el escritor santanderino no tuvo rival en el género tan gloriosamente iniciado por Mesonero Romanos.

Las principales cualidades del esclarecido ingenio de Pereda son una extraordinaria facultad de observación y una destreza singular para apoderarse del aspecto literario, digámoslo así, de los caracteres que observa, y trasladarlos palpitantes de vida y llenos de expresión al lenguaje escrito.

Por esto sus tipos son representaciones tan admirables de la persona humana, que se confunden con el modelo mismo, sin que las flaquezas y ridiculeces que pinta con tanta habilidad, aparezcan individualizadas; es decir, que no hace retratos, sino figuras características, cuyas líneas y color ofrecen la fisonomía de una especie.

A varias personas, conocedoras de estos preciosos libros, hemos oído que nunca visitan la Montaña y su capital sin que les salgan al paso los *raqueros*, los marineros, los astutos aldeanos, los *jándalos*, los infanzones pobres, los pleitistas, los secretarios de Ayuntamiento y demás figuras a quienes Pereda ha dado vida universal, vaciándolos en el molde de su primoroso y fácil estilo. Esto es tan cierto, que a nosotros nos ha pasado lo mismo, con la particularidad de haber visto muchos ejemplares del tío Prementorio de Cafetera (*sic*) y del incomparable Don Robustiano Tres Solares y de la Calzada, el tipo más acabado que puede resultar de un maravilloso concierto entre la fantasía y la observación.

Reina en los cuadros de Pereda una verdad prodigiosa, que le coloca de lleno en la escuela llamada realista. Pero su realismo, ausente siempre por sistema de la reproducción de repugnantes fealdades morales y físicas, es como el realismo de Cervantes y de Quevedo, la fiel pintura de un aspecto particular de la naturaleza humana, tomando por base el eterno ideal de la justicia y de la belleza, y bajo este punto de vista no puede sostenerse que el realismo sea una escuela, sino la fórmula absoluta de todas las artes. Fuera, pues, las distinciones caprichosas, tan tenazmente sostenidas por los que de este modo quieren hacer pasar como hechuras legítimas del arte mil vaguedades mentirosas tan lejanas del hecho como la idea.

De la naturalidad con que escribe Pereda, hay pocos ejemplos hoy. En su estilo no se ve ni sombra de afectación. Lo mismo en las obras de empeño que en los croquis que tan diestramente traza, su pluma corre sin estorbo, hallando desde luego la frase a propósito, y en ningún pasaje de lo escrito se descubren esfuerzos, ni las duras señales que suelen dejar en el lenguaje literario las convulsiones de un parto laborioso. El gracejo que derrama a raudales, las sales inagotables de su ingenio, la soltura de sus diálogos, la claridad y relieve con que se destacan las figuras dibujadas con pocos, pero enérgicos rasgos, deleitan de tal modo, que ninguna parte de las *Escenas* o de los *Tipos* puede dejarse de la mano, una vez empezada su lectura. Grábanse en la memoria los tipos y su lenguaje con no menos fijeza que el semblante moral y lo corpóreo de las personas reales a quienes se ha visto existentes y tratado en el comercio de la vida, y hasta se suele encontrar como un reflejo de las propias flaquezas que, saliendo de lo profundo de nuestra alma, se bosquejan confusamente sobre la superficie de la composición literaria, tan parecida, cuando es buena, al cristal de un espejo.

En los *Bocetos al temple* se ha separado un tanto Pereda de la exclusiva pintura de costumbres a que con preferencia se dedicara hasta aquí. Agrandando sus obras, les ha dado mayor realce, y presentando acciones más complejas y un plan más vasto, ha entrado de lleno en el terreno de la novela.

Componen este libro tres obras. *La mujer del César*, que ocupa el primer lugar, es una preciosa novela de costumbres urbanas, en que el autor ha querido ridiculizar la vanidad de ciertas clases y un género de literatura, que por no estar en manos de personas muy distinguidas, deja de prestarse a graciosas paráfrasis.

El pensamiento de esta novela consiste en poner de relieve los excesivos peligros que a la paz del hogar doméstico ofrece el prurito de vivir dentro de la dorada esfera que el vulgo llama *buen tono*, y para desarrollarlo, ha presentado Pereda un hermoso tipo de mujer casada, a quien la falta de verdaderos goces y pasatiempos domésticos ponen en situación un poco equívoca y resbaladiza. Eva, dice el autor en forma muy concreta, repasando la colada o tomando la cuenta a la cocinera, no hubiera tenido el antojo de la manzana que perdió a la humanidad. El tipo de provinciano, que representa el buen sentido en lucha con los cortesanos, no puede ser más simpático ni más convincente. Toda la obra lo es hasta el punto de que ninguna parte de ella carece de ese singular sello de verdad y rectitud de espíritu, que son la principal base sobre que debe asentarse una composición literaria destinada a pintar las flaquezas humanas, no para que nos espantemos y retiremos con horror los ojos, no tampoco para que nos corriamos, pues este buen fin nunca se ha conseguido por aquel modo, sino para que nos deleitemos viendo la reproducción de nuestro ser, que nunca es tan malo como dicen, y para que, amando la belleza de la pintura, amarnos también la verdad que la acompaña, orígenes ambas del gozo del espíritu que siempre conduce al bien.

Oros son triunfos es la tercera novela incluida en este volumen, semejante en la conducción del plan y en el artificio a la primera, aunque el asunto tiene tendencia muy distinta. Los personajes son de la clase media, la escena una capital de provincia y plaza comercial. Hay figuras harto negras en este cuadro, mas no falsas, porque el horrible farsante D. Romualdo Esquilmo no es nuevo en nuestro suelo ni en ningún otro, ni tampoco son del otro mundo la inocente credulidad de los padres que sacrifican a sus hijas y la fatuidad de las mamás devoradas por el afán del oro y el lujo. Esta obra, cuyo desenvolvimiento lógico no ha llegado aún a su

término y está pidiendo una segunda parte, no es inferior, en nuestro juicio a *La mujer del César*.

Pero la más hermosa de las tres y al mismo tiempo la obra maestra del Sr. Pereda, es *Los hombres de pro*, que ocupa el segundo lugar en la colección, y el primero entre todos los escritos del literato montañés. Al mismo tiempo, para que todo en ello sea grande, es la que lleva en sí mayor dosis del defecto que ha mostrado Pereda en algunas de sus composiciones, y del cual hablaremos al fin. Aquel hombre, zafio y rústico, que se eleva paulatinamente por la sola fuerza de su osadía y de la suerte loca que le favorece, ejemplo admirable de muchas improvisaciones del día; aquella serie de cuadros en que el autor va presentando sucesivamente a su protagonista, cada vez más lleno de relieve y de vida; aquella multitud de incidentes chistísimos, y la variedad de observaciones de la naturaleza, hace de esta pintura un conjunto admirable, en que todo es acabado, lo principal y lo accesorio. No se puede pedir más colorido, más animación, más gracia en el diálogo, más abrumadora verdad en los caracteres.

El defecto consiste en que *Los hombres de pro* ofrecen una punzante sátira política, y al hacerla, el autor se ha concretado a llevar a la literatura los caracteres y los hechos políticos, lo cual habría sido muy meritorio, sino que ha presentado su asunto bajo un punto de vista particular, despojándose de toda imparcialidad, y arrojando pesadas burlas y sañudos anatemas, no sobre los hombres políticos, sino sobre su sistema político, que, precisamente no debe ser el peor, cuando impera con más o menos éxito en todo el mundo civilizado.

Llevando los ardores políticos a la literatura, no será espejo fiel de las ideas y del sentir de una nación, sino por el contrario, instrumento de las pasiones de un partido, como la prensa periódica. A pesar de esto, *Los hombres de pro*, de Pereda, tienen en sí tanta belleza de forma, tan seductora gracia y tantos atractivos de estilo y de pensamiento, por sus gallardas figuras, sus incomparables diálogos y aquel simpático desenfado con que el autor narra y pinta, que se olvida la intolerancia difundida en todo el libro, y la falta absoluta de imparcialidad con que es presentada una institución, a quien se debe suponer gran fuerza, aunque no sea sino por los conflictos de que ha salido victoriosa.

B. PÉREZ GALDÓS
El Imparcial, 1-i-1877

*

*

*

3) *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, por D. José M. de Pereda. —Un tomo.— Madrid, 1878.

El insigne autor de las *Escenas montañesas* ha enriquecido la literatura nacional con una nueva obra en que brillan las grandes dotes que posee y se muestra como siempre ameno narrador, fácil y elegante prosista, observador habilísimo y flagelador implacable de humanas debilidades. El Sr. Pereda, después de cultivar el cuadro de costumbres con tan gran acierto que no ha tenido ni tiene actualmente rival en este género entre nosotros, emprendió la composición de novelas, haciéndolas tan buenas como *El buey suelto* y *Los hombres de pro*, ésta última de primer orden como sátira política. Su picante intención y la verdad y gracia de los tipos hacen de esta obra lo mejor, a nuestro juicio, que en su género posee la literatura contemporánea.

Don Gonzalo González de la Gonzalera es también una sátira política. Aquí viene bien apuntar la idea de que la sátira política es un género que está perfectamente dentro de la literatura contemporánea, aun cuando en ella no aparezca esa decantada imparcialidad que algunos echan de menos en obras de esta índole. La imparcialidad, necesaria en el publicista y en el redactor de periódicos, aunque rara vez la posean, no es tan indispensable en las obras de imaginación, que exigen en el escritor libertad completa para expresar sus ideas, cualesquiera que sean, sus especiales puntos de vista, sus afectos personales y aun sus preocupaciones. La obra de arte, producto del corazón y de la fantasía, no puede someterse al criterio de las opiniones políticas, aun cuando ella misma haya nacido de una opinión determinada. Siempre que las sátiras políticas tengan carácter literario y no ataquen a las personas, perdónese a sus autores el espíritu sectario con que proceden y la elección de los tipos y de las ideas, que más le convienen.

Hecha esta salvedad, podemos decir que el *Don Gonzalo* del Sr. Pereda es una obra notable, que leerán con deleite aun aquéllos que no están conformes con las ideas políticas en cuyo nombre da la batalla el autor. Después de todo y cuando pasa la primera impresión de disgusto que experimenta un lector liberal al ver cómo se ponen de relieve las bribonadas, ingratitudes, ignorancia y salvajismo de las muchedumbres, se llega a la consideración de que esos mismos actos deplorables se cometen por otros individuos o por los mismos, en nombre de la idea contraria, siempre que haya ocasión para ello. Hay y ha habido tantos *Coterucos* en España, que bien puede asegurarse que nuestra Península es un puro Coteruco. Sobre todo, crea el insigne novelista que las atroces barbaridades de los Rigüelta y Comparsa no hacen poner los pelos de punta a nadie que recuerde las bromas políticas que gasta el populacho en ciertas localidades, cuando éstas han tenido la desgracia de caer en poder de cierto bando que no es necesario nombrar. Bien mirado, todo lo que hacen aquellos pobres diablitos de Coteruco es tortas y pan pintado en comparación de lo que hemos visto y oído y sentido, no en novelas, sino en dolorosa realidad.

Por lo demás, hablando con toda franqueza, diremos que todo lo que pinta el Sr. Pereda es verdad. ¿Quién ignora los desmanes, ya ridículos, ya criminales, que acompañan en las localidades pequeñas (y aun en las grandes) a los movimientos revolucionarios? Bien sabemos todos lo que ha pasado en épocas memorables. El Sr. Pereda ha hecho una pintura gráfica, tan despiadada como justa. Todo es verdad. Bien lo sabe el país, que ha padecido grandes desengaños a consecuencia de su ineptitud para realizar profundas mudanzas con decoro, prudencia y seriedad. La libertad misma no desconoce los enormes obstáculos de ignorancia, mala fe y cursilería con que ha tenido que luchar y con que luchará una vez y otra.

Decir que el Sr. Pereda ha pintado de mano maestra los tipos de los revolucionarios de aldea sería ocioso. Todos saben que ésta es una materia en la cual nuestro eminente sarcástico se mueve y se la gobierna *como el pez en el agua*, digámoslo así. No se puede pedir más donaire, más verdad, mayor riqueza de detalles felices, ni un conocimiento más exacto del asunto. Lucas, Rigüelta y compañeros son figuras que todos conocemos; sin duda les hemos visto mil veces, y cuando les veamos de nuevo confundiremos sin duda su nombre verdadero con el que tienen en la novela.

Los demás tipos de *Don Gonzalo* no están todos a igual altura como creaciones artísticas. D. Román es hermosa figura, pero sus propias perfecciones y la falta de matices hacen a este carácter un poco descolorido. Esto no es realmente un defecto, y lo indicamos simplemente

porque creemos que las figuras como don Román, muy bellas para un poema del género idealista puro, *dan poco juego* en la novela. En cambio la de D. Lope es una figura tan hermosa, tan movida, tan novelesca que es lástima no le haya dado el Sr. Pereda mayor desarrollo. Aun en sus cortas proporciones interesa vivamente, no sólo en las hermosas páginas donde el autor la presenta, sino también en las escenas que determinan el desenlace de la obra. Magdalena es sencilla y simpática, y la hermana de Lucas está dibujada con tanta energía como colorido. En el protagonista ha cargado la mano el Sr. Pereda, dejándose llevar de su extraordinario ingenio cómico. Pero no por ser algo extremados, dejan de ser fieles los rasgos característicos de D. Gonzalo en lo físico y en lo moral. No se puede dar idea en una breve reseña del donaire y consumado gracejo con que está presentado este personaje.

Sencilla e interesante, la acción de la novela se desarrolla de una en otra escena gallardamente, descollando entre éstas por su movimiento y verdad las que ofrecen cuadros populares y revoluciones de aldea. La comilona en la taberna es de lo más bello que el realismo, hoy tan en boga, podría idear, y el pronunciamiento, lo mismo que la tragedia con que concluye todo aquel jaleo lugareño, son bellísimos cuadros que bastarían por sí solos a dar reputación a un novelista. Del estilo del Sr. Pereda no hay que hablar. Todo el mundo sabe que es uno de los mejores prosistas contemporáneos. Una dicción siempre amena, elegantísima, sencilla, tan apartada del arcaísmo como de la trivialidad, vena cómica inagotable, avaloran esta hermosa novela. El público y la crítica no podrán menos de tributar al insigne escritor montañés el aplauso que merece, impeliéndole a seguir adelante y a emprender otros trabajos de la misma naturaleza.

El Océano, 23-ii-1879

*

*

*

Bowdoin College

NOTES

¹ En los tres documentos reproducidos aquí, he modernizado la ortografía y corregido algunas erratas obvias.

² González Herrán (39-42), Shoemaker (*Los prólogos* 18; *La crítica literaria* 27), Pattison (22-23), y los autores de los *Apuntes para la biografía de Pereda* (6, 39) están de acuerdo con esta conclusión en cuanto a la autoría de la reseña sobre *Tipos y paisajes*. Clarke también declara que la reseña es de Galdós aunque la fecha erróneamente el 7 de febrero (115). González Herrán intenta explicar el error, que cree que procede de los *Apuntes*, comentando que una reseña galdosiana de la obra de otro escritor montañés, *Costas y montañas*, apareció ese día 7 de febrero (39). Cossío (68-69) y Camp (24) afirman asimismo que la autoría la posee Galdós, pero también confunden las fechas.

³ En una carta de Pereda a Galdós a raíz de esta reseña, el escritor santanderino se queja de la escasa atención crítica dedicada a su obra y le recuerda que le había prometido una reseña para *El Imparcial* (Ortega 44-45). Galdós le responde que no está satisfecho con dicha reseña por "lo frío y deslavazado que

(l) e ha salido ese trabajillo" (Bravo-Villasante 12). Es interesante mencionar también otra carta en la que Galdós lamenta las erratas con que apareció la reseña: "Salió tan plagado de erratas (por no haberme enviado pruebas) que no podía leerse. Con objeto de depurarlas y de que aumentara su circulación lo llevé a *La Época* donde quedaron en sacarlo. De eso van ya veinte días. Les he escrito cartas y más cartas, pero nada" (Bravo-Villasante 14). González Herrán está de acuerdo con la conclusión de que no se volvió a publicar en otro periódico (49). Lo que sí ocurrió fue que se reprodujeron los párrafos iniciales del artículo de Galdós en el diario madrileño, *La Fe*, el día 2 de enero; para más información sobre esta inserción, véase González Herrán.

⁴ González Herrán (104-06) y Shoemaker (*La crítica literaria* 33) nombran a Galdós como autor de la reseña de *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, basándose en la misma carta de Pereda. Curiosamente, aunque Clarke había catalogado la reseña de los *Tipos y paisajes* bajo el nombre de Galdós, la de *Don Gonzalez* aparece en su bibliografía en la lista de reseñas anónimas (116).

⁵ José F. Montesinos, a quien debemos el redescubrimiento de las *Observaciones* después de estar olvidadas durante décadas, declara asimismo: "Es, simplemente, el plan de la moderna novela española, aún nonnata; más concretamente, el programa a que se atenderá Galdós mismo. [...] Este escrito no es sólo un documento de primer orden en la historia de nuestras ideas en el siglo pasado, sino que es capital en la obra de Galdós" (1). Para más información sobre la significación de las *Observaciones*, véase Bonet 14-15, 85-86.

⁶ Declara Baroja en su "Prólogo casi doctrinal sobre la novela" que la novela "es un género multiforme, proteico, en formación, en fermentación; lo abarca todo" (Gullón y Gullón 74).

⁷ Me gustaría dar las gracias a los profesores Germán Gullón y Gabriela Pozzi por su generosa ayuda con varios aspectos de este trabajo.

OBRAS CITADAS

- Bonet, Laureano. "Introducción." *Benito Pérez Galdós. Ensayos de crítica literaria*. 7-112.
- Bravo-Villasante, Carmen, ed. "Veintiocho cartas de Galdós a Pereda." *Cuadernos Hispanoamericanos* 250-52 (1970-71): 9-51.
- Camp, Jean. *José María de Pereda. Sa vie, son oeuvre et son temps (1833-1906)*. Paris: Fernand Sorlot, 1937.
- Clarke, Anthony H. *Manual de bibliografía perediana*. Santander: Institución Cultural de Cantabria, 1974.
- Cossío, José María de. *La obra literaria de Pereda: su historia y su crítica*. Santander: Sociedad de Menéndez Pelayo, 1934.
- González Herrán, José Manuel. *La obra de Pereda ante la crítica literaria de su tiempo*. Santander: Estudio, 1983.
- Gullón, Agnes y Germán Gullón. *Teoría de la novela*. Madrid: Taurus, 1974.
- Montesinos, José F. "Galdós en busca de la novela." *Ínsula* núm. 202 (septiembre de 1963): 1, 16.
- Ortega, Soledad, ed. *Cartas a Galdós*. Madrid: Revista de Occidente, 1965.
- Pattison, Walter. *Galdós and the Creative Process*. Minneapolis: Univ. of Minnesota Press, 1954.
- Pérez Galdós, Benito. "Don Gonzalo González de la Gonzalera por D. José M. de Pereda." *El Océano* (23-ii-1879): 4.
- . *Ensayos de crítica literaria*. Ed. Laureano Bonet. Barcelona: Península, 1972.
- . "Sobre los Bocetos al temple de D. José de Pereda." *El Imparcial* (1-i-1877): 2.
- . "Tipos y paisajes, segunda serie de Escenas montañesas, por D. José M. de Pereda." *El Debate* (26-i-1872): 1.
- Shoemaker, William H. *La crítica literaria de Galdós*. Madrid: Ínsula, 1979.
- , ed. *Los prólogos de Galdós*. México, D.F.: Ediciones de Andrea, 1962.
- Varios. *Apuntes para la biografía de Pereda*. Número extraordinario de *El Diario Montañés* (Santander) año 5 (1-v-1906).